

Vocación temprana por la arqueología

En Trinidad, el adolescente Alejandro Olmo Valdespino supo ver en los objetos rotos la memoria de siglos; al donar sus primeros hallazgos, el Museo de Arqueología Guamuhaya reconoce, en este acto, la responsabilidad de compartir estas reliquias



“Lo primero que encontré fue un botón de infantería”, dice y muestra con orgullo su pequeña colección.

Texto y fotos: Ana Martha Panadés

Mientras sus amigos dedican tiempo a los deportes o las redes sociales, Alejandro Olmo Valdespino prefiere escuchar las voces del pasado. La pasión que siente por la arqueología no es común en un muchacho de 13 años; mas, tal vez vivir en la villa de Trinidad despertó su curiosidad por descubrir tesoros en lo cotidiano y la certeza de una vocación.

Desde pequeño, del brazo de una de sus abuelas que trabajaba en el Museo Romántico, traspasó el umbral del palacete y quedó fascinado por las piezas y colecciones que custodia este inmueble.

Y la curiosidad de un niño se transformó en inquietud por conocer cada vez más de la historia de esta ciudad colonial. Su primer descubrimiento —recuerda— fue durante una clase de Biología, en el patio de la escuela Carlos Echenagusía, donde estudia.

No era más que un trozo irregular, pero Alejandro lo percibió como un mensaje del pasado. Desde entonces, cada hallazgo —una piedra tallada, un clavo oxidado, un fragmento de cristal— lo emociona.

“Lo primero que encontré fue un botón de infantería”, dice y muestra con orgullo a Escambray su pequeña colección, que decidió llevar al Museo de Arqueología Guamuhaya.

“Esta bisagra debió ser de una cajita de música, porque las de las vitrinas o exhibi-

dores en aquella época eran más grandes y tenían mucha decoración”, explica el joven con el tono y la actitud de todo un experto.

Alejandro realiza estas búsquedas después del horario de clases y ha logrado reunir una interesante colección de botellas de vino del siglo XIX, frascos de perfume de cristal y otros objetos.

“Cuando descubrí el primer tintero, me imaginé a esa persona con una pluma en su mano escribiendo tal vez una carta de amor”, cuenta este muchacho apasionado por una ciencia que intenta exactamente eso: reconstruir la memoria de siglos.

El museo le abrió sus puertas a Alejandro, quien, en hermoso gesto, decidió donar sus hallazgos, como un acto también de responsabilidad.

Blaice Iznaga Alfonso fue el técnico especialista que lo recibió por primera vez. “Habló con mucho conocimiento de la historia de Trinidad, del origen de las piezas y de su deseo de continuar este tipo de búsqueda en un lugar, que, según las referencias históricas, fue vertedero y, más tarde, en sus alrededores se construyó un cuartel militar.

“Las piezas son muy importantes porque llaman la atención sobre sitios que están un poco olvidados en Trinidad, y es casualmente un niño quien nos recuerda que todavía queda mucho por investigar y descubrir”.

La institución hoy sigue los pasos de Alejandro para acompañarlo y que otros niños y jóvenes busquen en la memoria de la ciudad los hilos que nos conectan con el presente.

Entre los lugares que le gustaría visitar, el joven no duda en mencionar San Isidro de los Destiladeros, uno de los sitios arqueológicos más significativos de la región central de la isla.

“Allí se encuentra el tren jamaicano, o tren francés, con el que se hacía la caña de azúcar. También la Hacienda Guáimaro de don José Mariano Borrell y Lemus, quien tiene una gran relación con mi familia, pues yo soy

descendiente de él. Además, es una de las personas que exportó la mayor cantidad de azúcar en el siglo XIX al mundo”.

Otros sitios aguardan también por este chico de espíritu curioso y alma de científico, como el antiguo Cuartel de Dragones, hoy totalmente en ruinas. “Es una lástima que una de las joyas de Cuba y Latinoamérica esté tan olvidada. Tenemos que hacer algo para salvarla”.

La arqueología no es solo ciencia; es además pasión y sensibilidad para desenterrar detalles del pasado como homenaje a quienes antes moldearon la cerámica y forjaron el metal. La historia de Alejandro confirma que la vocación puede nacer temprano y convertirse en motor del futuro.



La institución hoy sigue los pasos de Alejandro para acompañarlo.

Sin zafra no hay alcohol

La Destilería Paraíso, de Tuinucú, sobresale por la calidad de sus producciones y la eficiencia del proceso fabril, pero enfrenta severas afectaciones

Texto y foto: Roberto J. Bermúdez

Año tras año, el alcohol que se produce en la Destilería Paraíso, del poblado de Tuinucú, es de los más demandados del país por su alta calidad. Sin embargo, y luego de una temporada en que generó altos estándares de eficiencia, la realidad de la fábrica no es halagüeña.

Perteneciente a la Unidad Empresarial de Base (UEB) Derivados, de la Empresa Agroindustrial Azucarera Melanio Hernández, la industria sufre en carne propia los embates del bloqueo petrolero a la isla. Sobre el tema Escambray conversó con el ingeniero Humberto Pérez Ramos, director de la UEB.

Con el central detenido, ¿qué tanto puede hacer la destilería?

Muy poco o casi nada, si hablamos de producción de alcohol. La materia prima de esta industria la genera el central. Este año arrancamos y 22 días después tuvimos que parar. Sin zafra azucarera la destile-

ría queda atada de pies y manos.

Entonces, si el Melanio Hernández no arranca no habrá alcohol...

Nosotros recibimos mieles de otros centrales del país. Pero la zafra está detenida para todo el mundo. No obstante, que el Melanio arranque para nosotros sería lo ideal.

Casi la mitad de nuestra materia prima la recibimos de aquí mismo de Tuinucú. Pero si pudiéramos recibir el ciento por ciento de otras industrias, aun así, no sería el mejor escenario.

Los datos de la más reciente campaña lo dejan claro. En 2025 el central nos aportó 17 días de vapor. Eso significa un ahorro considerable de fuel oil, que es el combustible con que trabaja nuestra fábrica. Además, la miel del Melanio es de muy buena calidad.

El proceso de producir alcohol requiere de mucho oficio y especialización. ¿Con este receso productivo no teme que algunos trabajadores decidan migrar a otros empleos?

El factor humano es decisivo en estos procesos. Tenemos la suerte de contar con una plantilla estable y con mucha experiencia.

Hasta este minuto solo 10 trabajadores se han declarado interruptos porque viven lejos y no tenemos cómo traerlos todos los días a trabajar ni ellos pueden venir. Hace poco más de un mes que entramos en esta detención, así que todavía tenemos cosas que ajustar en la industria.

También la UEB tiene una finca de producción agropecuaria y hemos reubicado la fuerza que se puede hacer esas labores. Esperemos que no tarde en reanudarse la zafra.

Si la zafra arranca mañana, ¿está lista la destilería para comenzar a producir?

Por supuesto que sí. Está lista la gente y también la industria. Por estos días estamos, incluso, haciendo adaptaciones que, de salir bien, nos permitirán trabajar usando como combustible desechos petrolíferos de la refinera Sergio Soto, de Cabaiguán.



Humberto Pérez Ramos, director de la UEB Derivados.